

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 5 de Agosto de 1926

Charla instructiva

Ignorancia de lo más esencial para la vida

Saber vivir racionalmente, conforme a las verdaderas leyes naturales, debería ser la infancia del arte de un ser humano que se llama civilizado e instruido. Sin embargo, nada hay que sepa menos ni nada que se sepa tan mal.

Hemos de convenir que el respirar es función importante. Pues bien la mayor parte de nosotros, por falta de una instrucción especial, respiran ampliamente por la boca.

¡Grave error! Hemos de acostumbrarnos a respirar por la nariz. La naturaleza nos ha dado este órgano principalmente para eso. Sus canales toruicos tapizados de pequeños vasos sanguíneos, siempre húmedos y calientes, sembrados de vello, están destinados a detener, a su paso, el polvo lleno de microbios que contiene el aire que respiramos. Hay que abrir pues, ampliamente la nariz, después de habernos sonado bien y cerrar la boca tanto como se pueda para que los perversos microbios no penetren en las vías respiratorias.

Tampoco sabemos beber. Cuando tenemos sed, cual si quisiéramos prepararnos para un abundante sudor cuando no para una congestión pulmonar pedimos una bebida lo más fría posible y la sorbemos de un trago teniendo mucho cuidado de que no se nos moje la boca. ¡Y ved qué contrasentido! Es la boca la que protesta a su modo de la sequedad que tiene y nosotros castigamos al estómago llenándole hasta el colmo de líquido impidiéndole funcionar. Consecuencia fatal: no nos refrescamos y nos preparamos una dilatación de estómago que tantas molestias nos ha de causar después.

Hemos de beber a sorbos, procurando mantener el líquido fresco, no frío, contra los caprillos. La mejor fórmula es la de «poco y a menudo».

Si por lo menos supiéramos dormir. No hablemos de la incoherencia de las horas de acostarnos y levantarnos. Hay muchos que se acuestan antes de que hayan transcurrido dos horas de haber comido. En el pecado llevan la penitencia: agitación, pesadillas. Al despertar todo es malestar y pesadez. Su estómago se venga de no haberle guardado consideraciones.

Pero, ya en la cama, ¿sabemos estar acostados de un modo conveniente? La mayoría, no. Estamos encorvados y comprimidos cuando deberíamos habituarnos a tendernos con la cabeza un poco elevada y no doblar nunca las rodillas ni aún en invierno cuando están frías las sábanas. No sabemos quién, ha dicho que no hay animal que duerma peor que el hombre.

¿Y andar? Unos corren, otros con las piernas tiesas dan grandes zancadas sin querer enterarse de que la naturaleza,

bajo la forma de rodillas y pantorrillas, nos ha dotado de los más excelentes neumáticos. Quien quiera cerciorarse de que la mayor parte de la gente no sabe andar, no tiene más que fijarse en una de esas instantáneas que hacen los fotógrafos: la falta de equilibrio es patente. Parece que unos van a caer encima de los otros; hay quien pisa de tacón y quien pisa de punta; los primeros se inclinan hacia atrás y los otros hacia adelante.

¡Y pensar que no hay ejercicio más saludable que el andar! ¡Y tan bonito como es ver que una persona anda bien! Pero no se nos enseña a andar.

Una batida de tigres

EL SPORT MAS PINTORESCO DEL MUNDO

Cómo se prepara una batida

Tan pronto como los shikaris descubrieron las huellas de los dos tigres, se adoptaron medidas para evitar que se alejasen aquella, noche, pues era ya muy tarde y no podría comenzar la batida hasta la mañana siguiente. Tres de los búfalos fueron internados en la selva y atados no lejos de la espesura en que se suponía estaban ocultas las fieras.

Durante la noche, el personal indígena pidió que le fuesen entregadas dos cabras para sacrificarlas a sus divinidades, en la firme creencia de que sin este requisito sería imposible salir con bien de la empresa.

A la mañana siguiente, la línea de combate se formó en un momento. Los ojeadores dieron la vuelta a la espesura, y pronto se oyó el ronco són de sus tambores y el rumor de sus garrotes golpeando las ramas y agitando la hojarasca.

Entre tanto, nuestros elefantes avanzaron en línea poco a poco levantando algunos la trompa como para olfatear el peligro. Un viejo coronel inglés, que había ganado en la India muchos de sus grados, era el director de la caza. Antes de ponernos en marcha, dió instrucciones a los mahuts, y nos recomendó a todos silencio, sangre fría, y, sobre todo, mucho cuidado al disparar, porque con sólo un ligero temblor de pulso podíamos enviar al otro mundo a uno de los conductores.

Al llegar junto a la espesura, los extremos de nuestra línea se aproximaron un tanto, y la larga fila de elefantes quedó formando un ángulo obtuso, en medio del cual quedaba la guarida de fieras. La línea de ojeadores completaba el triángulo, y algunos de ellos subieron a los árboles más altos, para darnos cuenta de los movimientos de las fieras.

El redoble de los tams tams, los gritos y el ruido de los ojeadores se oyen más cerca cada vez, y por un momento tememos que los shikaris se hayan equivocado y que la espesura esté vacía. Solo vemos salir de ella dos o tres ciervos de manchada piel, que huyen a to-

do escape; alguno de los cazadores se echan la carabina a la cara, pero el coronel, de pie en su houdah, les contiene con un gesto. Si disparamos un solo tiro, los tigres, en vez de salir por nuestro lado, se resolverán a hacer frente al ruido y escaparán rompiendo la línea de ojeadores.

La lucha con los tigres

De pronto vemos agitarse las ramas de uno de los árboles elegidos como puestos de observación. El vigía allí apostado hace expresivas señas y luego empieza a palmotear alegremente. En el mismo instante vemos brillar algo entre las hierbas altas que hay enfrente de nosotros. Son los ojos del tigre. Arrastrándose, ondulado su esbelto cuerpo rayado, al que la luz del sol arranca reflejos de oro, la fiera avanza ya en campo abierto, mirando a uno y otro lado, tal vez buscando un sitio por donde escapar, tal vez pronta a saltar sobre nosotros. Un grupo de pavos reales posados en los arbustos cercanos, levanta el vuelo, prorrumpiendo en discordantes graznidos, y algunos de los elefantes, levantando su proboscide al cielo, lanzan sonoros trompetazos. El tigre se encoge, se repliega sobre sí mismo: va a saltar.

Pero no salta. El coronel siempre de pie sobre el más alto de los elefantes, acaba de hacer fuego, y el tigre se revuelve por el suelo, levántase luego y cae rígido, muerto...

Otro tigre acaba de salir de un salto de entre los árboles; juzgando por su tamaño, es la hembra del anterior. Autorizados ya para tirar, una vez que nuestro jefe lo ha hecho, disparamos todos a un tiempo, pero nadie da en el blanco, porque ligera como el relámpago, en el instante mismo de oprimir los gatillos de nuestras armas, la fiera ha dado un poderoso salto. Un horrible baianceo, comparable al de una lancha en medio de una tempestad, un bramido espantoso y el grito de angustia que acaba de lanzar mi mahut, me indican que el tigre ha caído sobre la frente del elefante que me conduce. En efecto; a tres varas de mí veo brillar sus ojos y descubro sus enormes colmillos entre una masa de blancos bigotes erizados.

El elefante brama y resopla como una locomotora. Hago fuego, y el tigre cae a tierra; pero no está muerto todavía. Sentado como un gato a quien se le ha atragantado una espina, devuelve la cena de la noche anterior, juntamente con un chorro de sangre. La bala le ha interesado los intestinos. Cojo mi segunda carabina, y aprovechando un momento de tranquilidad del elefante, que no cesa de bramar, disparo otra vez y consigo rematar a la fiera.

Máximas y Pensamientos

La persistencia y la obediencia confiesan a Cristo. — San Antonio de Padua.

No os preocupéis del día de mañana; hástele a cada cual su pena.

La mayor felicidad consiste en tener la conciencia tranquila.

La curiosidad indiscreta manifiesta siempre ligereza de espíritu.

La tristeza pasada redobla la alegría presente.

TAN VELOCES COMO EL RAYO

Muchas veces ante el papelito azul recibido por papá, papel que tiene facultades omnímodas para poner nuestra cara alegre o triste, según sean las palabras que en él vienen escritas, os habréis preguntado cómo ha llegado ese mensajero a vuestra casa y cuál ha sido el camino por él recorrido. Ese papelito es el telegrama, que tiene el privilegio de volar a impulsos de la electricidad, esa fuerza maravillosa, que aunque desconocida en su esencia y sin saber a ciencia cierta su vida y milagros, ha operado una transformación en el mundo.

Elementos primarios

Para expedir un telegrama se necesita, aparte de la noticia que haya que dar, una batería, de pilas eléctricas cargadas de servir corriente a través del alambre. Este se enrolla alrededor de una pieza de hierro, y mientras la corriente circula por él, posee todas las propiedades del imán y atrae, a otra pieza del mismo metal. Si la corriente se interrumpe, el hierro se despoja, de sus cualidades magnéticas. Si la corriente circula velozmente, como si temiese trabajar a destajo, por el alambre el circuito está cerrado, y cuando aquélla cesa, el circuito está interrumpido en su labor.

Envío

Si tenemos que participar aunque no sea más que la recolección anticipada de calabazas, entregamos el telegrama a un empleado que tiene ante sí una palanca; ésta se llama, manipulador y lleva en uno de los extremos una verruguita o botón. Cuando está quieta el circuito está interrumpido; al despertarle el telegrafista se cierra el circuito y se establece la comunicación; y el mensaje va siendo transmitido y declarando en la oficina a que se transmite.

¿Cómo ha llegado tan rápidamente sin requisitorias ni cuerpos encargados de capturarle? Muy sencillamente. En el extremo opuesto, del alambre, hay otro electroimán, de las mismas señas del que hemos presentado antes, al cual llega, sin que él la reclame, la corriente que el empleado envía, haciendo que se imane, sin mucho gasto, la pieza de hierro. Esta ptececita es muy cariñosa y atrae con mimo a una ptececita de acero, adosada a una palanca de metal, y cada vez que estas caricias se repiten su extremo opuesto choca contra un tornillo, quizá de los muchos que los mortales pierden en la vida, y después contra otro al cesar la atracción y reaccionar un muelle donde se sostiene, en espera de la visita aduanera, dicha palanca en su posición de equilibrio. Cada golpecito de éstos corresponde cariñosamente a una pulsación del manipulador en la oficina expedidora.

El manipulador, que aunque no es trapecero, lleva un alambre conectado a su eje de giro, permanece con la parte anterior donde la perilla viaja, levantada en el aire; cuando alguien lo oprime,

foca con el hombro a un botón de guardia con otro alambre que hay debajo de él, poniéndose de este modo en relación los dos para atracar al circuito, cerrarlo y que la amiga corriente circule a su antojo. Cuando la corriente ha circulado bastante, el manipulador, que mira mucho por la salud de aquella, recobra su posición normal, y el paseo termina; como, mientras la corriente circula, la barra del electroimán de la estación receptora permanece imantada, retiene a la palanquita un rato para darle buenos consejos.

Estos fenómenos, que no atemorizan, hicieron que los hombres inteligentes, discurren en la manera de utilizarlos, y convinieron en que cada letra se haría representar, con poderes, en la transmisión por una presión o combinación de presiones del manipulador, ideando para ello un alfabeto que no se da en las escuelas de instrucción primaria, cuyos diversos signos se escriben con puntos y rayas que componen el llamado alfabeto Morse.

Si la estación que expide hace una presión pequeña, produce dos golpecitos en la otra, que equivalen a un punto; una presión más prolongada, otros dos golpes, pero separados para que el efecto contusionista sea menor y que equivalen a una raya. Con estos puntos y estas rayas, se forma el alfabeto Morse. Estas impresiones corren a cargo del telegrafista, que para ello confía al manipulador que las transmite en telegrama de lujo, ordinario o madrugador.

El manipulador se dejó manejar al antojo del empleado, pero conservando siempre el límite de velocidad para evitar abusos. En un minuto se transmiten de 20 a 40 palabras, según sea la resistencia, pulsadora, del empleado, que muchas veces sólo utiliza el oído para escribirlas. Estos puntos y rayas se exhiben unos a continuación de otros en una cinta de papel que es la que el empleado descifra para poner claro el despacho y enviarlo al destinatario, unas veces a pie y otras en bicicleta.

Existen diversas clases de aparatos telegráficos, como el Hughes, Boudot, maravillosos por lo complicado de su mecanismo, que hasta de carro dispone este último, y el cuadrante de Breguet, que se usa en el servicio ferroviario, pero el más usado y nunca bastante estimado, dada su hoja de servicio es el Morse.

Disponiendo de diversas corrientes se pueden enviar varios mensajes a un tiempo, por la misma línea, aún cuando ésta sea submarina, pues los alambres cruzan el Océano envueltos convenientemente en gutapercha y forrados para evitar réumas, con cinta e hilaza, latón y cáñamo alquitranado.

De este modo, que a carrera abierta hemos narrado, llegan a las casas las noticias que trastornan a menudo la marcha cotidiana, guiadas por el rayo mismo, como con frase feliz vaticinó un gigantesco dramaturgo español.

BACHILLER.

TE CONVIENE SABER...

Que las tribus salvajes del Cáucaso enseñan a sus hijos el uso de la daga en cuanto los chicuelos empiezan a andar. Burla, burlando comienzan por enseñarles a dar puñaladas en el agua sin hacerla saltar.

Que el dormitorio del niño, mientras éste duerme, no debe estar alumbrado, pues trabajan los órganos de la vista y hacen el sueño perjudicial. Debe acostumbrarse a los niños a dormir a oscuras, cuando alguien...

EL CACIQUE BURLADO

(FABULILLA)

Don Fermín Mediodiente, labrador ricachón e independiente, era el cacique más absolutista que en el mundo se echó nadie a la vista.

Pues bien; este señor, queriéndoselas dar de protector, visitaba la escuela del lugar, y al niño que sabía contestar a las preguntas que el maestro hacía, le premiaba de espléndida manera.

De historia y geografía, fueron examinados cierto día, respondiendo los niños cuerdatamente, más don Fermín, mostrándose impaciente, dió a entender, en un tono destemplado, que ninguno debía ser premiado. Oyólo un pequeñuelo, nuevo diablo cojuelo en lo listo, sagaz y descarado, el cual, considerándose agraviado, al maestro le dijo:

—Pregúnteme usted a mí, porque de lo voy a responder con tal fortuna, que el premio he de ganar sin duda alguna.

—¿Quién descubrió las Indias de Oriente?

—¡Don Fermín Mediodiente!

—¡Magnífico! —el cacique replicó. Déjeme usted que le pregunte yo.

—¿Quién es el hombre al cual Europa entera por su talento colosal venera?

—¡Que era Bismarck decían, pero al fin se ha descubierto ya que es don Fermín!

—¿Quién ganó la batalla del Salado?

—Que ha sido Don Fermín, está probado.

—¿Quién hizo el mundo, niño?

—¡Eso es corriente!... ¡Don Fermín Mediodiente!

Y con este descaro, de este modo, a don Fermín lo atribuía todo. Por lo cual el cacique enternecido, le regaló un vestido y ofreció costearle la carrera que el muchacho eligiera, tildando, en cambio, al resto de los chicos, de ignorantes, de necios y borricos.

La fábula ya sé que no es graciosa, pero prueba una cosa: que todo adulador desvergonzado tiene su porvenir asegurado.

TOMAS LUCENO.

DE TODO UN POCO

La posada más antigua de Alemania

En la pintoresca ciudad de Friburgo de Brisgovia acaba de ser convenientemente solemnizado el sexto centenario de la «Posada del Oso» inaugurada, según cuentan las crónicas, en 1326, y todavía hoy abierta a los caminantes y automovilistas—ávidos de reparar sus fuerzas en la mesa y en la cama. La «Posada del Oso» es, desde luego, la más antigua de Alemania, y debe ser también una de las más antiguas de Europa. Seis siglos son, en efecto, una edad corriente para catedrales y fortalezas; pero contados son los mesones que alcanzan una tan ilustre senectud.

Exposición de juguetes en Nuremberg

El Municipio de la ciudad bávara, centro de la importante industria alemana de juguetería, ha organizado en el Palacio Municipal de Bellas Artes una Exposición de juguetes que acaba de ser inaugurada. La Exposición se divide en tres secciones principales: una retrospectiva, dedicada a la evolución del juguete, en la cual figuran valiosos ejemplares facilitados por el Museo Germánico y coleccionistas particulares; otra reservada a la industria local, y la tercera, abierta a la industria de juguetes bávara en general. En las dos secciones modernas se han hecho importantes instalaciones que han sido objeto de especial atención a las aplicaciones pedagógicas del juguete en todas sus formas. La Exposición permanecerá abierta hasta el próximo mes de Octubre.

Las siete maravillas del mundo

ANTIGUAS

- Las pirámides de Egipto.
- El Faro de Egipto.
- Los jardines colgantes de Babilonia.
- El templo de Diana en Efeso.
- El Júpiter de Olimpia por Fidias.
- El Mausoleo de Artemisa.
- El Coloso de Rodas.

MEDIOEVALES

- El Coliseo de Roma.
- Las Catatumbas de Alejandría.
- La gran muralla de China.
- Stonehenge.
- La torre inclinada de Pisa.
- La torre de porcelana de Nankin.
- La mezquita de Santa Sofía, en Constantinopla.

MODERNAS

- Telegrafía y telefonía inalámbricas.
- El automóvil y la locomotora.
- El aeroplano.
- El radio.
- Los anestésicos, antisépticos y antitoxinas.
- El análisis espectral.
- El rayo X y otros rayos ultravioletas.

CUENTO

MARRULLAS

Paquito pasó de un extremo a otro en muy poco tiempo.

Al principio, cuando le llevaron al colegio, era adusto, retraído; áspero y rudo en su trato, y agreste en sus maneras.

Pero poco después, asimilándose lo que vio a un colegial, no muy bien quisto por su doblez e hipocresía, adoptó una sonrisa fría y antipática y unas maneras tan exageradamente afables, que predisponía en contra suya a cuantas personas tenían necesidad de tratarle.

¡Qué empachoso y qué repulsivo se hizo Paquito!... De aquí el que todos le llamasen «Marullas».

Desde los primeros momentos de aquel cambio de maneras en Paquito, don Robustiano, director del colegio, no le perdió de vista un momento.

Compañero de Paco era César, pantitisis de él. Era un muchacho bonachón, noble, ingenuo, franco, todo corazón: la bondad personificada. César tenía tan alta la idea de lo que debiese el hombre digno y serio, que sintió invencible repugnancia hacia Paquito.

Hasta que, en cierto día, y hallándose solos—o al menos así lo creyeron César y Paco—el primero encaróse con el segundo y le habló de esta manera:

—Paco, quisiera que me explicaras a qué obedece tu eterna sonrisa, tu continua adulación..., porque, como no acierto con la causa, pareceme que te burlas de mí, o que me tienes por tonto y crees que con tales marrullerías te quedo obligado.

—Cada cual tiene su modo de ser, y yo creo que el mío no te perjudica ni ofende.

—No, pero el caso es que tu afectuosidad es fingida, y que la cortesía no supone mentir adulando.

—Pero ¿es que en el trato social la amabilidad y la consideración son falsas?

—No lo son: todo lo contrario, cuando son profesadas sinceramente.

—Yo soy sincero en todos mis actos —afirmó «Marullas».

—Pues, mira, eso lo vamos a ver muy pronto.

Y César, después de mirar en torno suyo para convencerse de que nadie más que Paco podría, oírle dijole esto:

—Un compañero nuestro acaba de hacer una barrabasada muy grande que le va a costar, si se descubre su culpabilidad, el que le expulsen del colegio. Para salvarle hemos convenido todos en declararnos autores del daño hecho. ¿Estás conforme tú en declararte autor, como todos los demás del daño hecho?

—¡Hombre!... Tanto como eso... Sólo se puede hacer por un amigo a quien se estime muy de veras.

—Es que tú le estimas mucho. O al menos, quieres demostrárselo.

—¿Quién es el culpable?

—¡Yo! —exclamó César.

—Pues... dispénsame..., pero... Lo que te ofrezco es no delatarte. Pero cargar con lo que no debo...

—¿Y esa es tu amistad? ¿Y eso es lo que valen tus asiduidades, tus sonrisas y tus adulaciones?... Estás en tu derecho, pero yo también estoy en el mío al advertirte que no quiero amistad ni trato con quien, como tú traduce el afecto en serviles muestras que te ponen a la altura de un lacayo hipócrita y sin dignidad, adulador o embustero.

A tal punto presentóse ante los interlocutores el director del colegio, y tomó la palabra.

—He oído todo cuanto habéis hablado, y si es cierto lo que has dicho, César, te ofrezco no castigarte sea cual fuere tu falta.

—¡No, señor! Ha sido un pretexto para probar a este «amigo»...

—Te felicito por ello. Y tú Paco, aprovecha la lección y déjate de comedias, que eso es impropio de hombres serios, y educados.

Saldo de chistes malos

—¿Cuáles es el colmo de un carnicero?

—Encargar a un picador de toros que le plique la carne de vaca para despachar.

El niño. —Papá, por qué corren tanto las nubes?

El papá. —Pues para no mojarse si llueve.

—¿Cuál es el golmo de un carpintero?

—Hacer una escalera para que bajen las subsistencias.

Telegrama curioso: «Las carnes van tomando precio en ésta; mandame por el mismo conducto los veinte cerdos cebados que están en casa».

Un borracho oyó las dos y dijo con mucha paz:

—¡Hombre! ¡Dos veces la una! Ese reloj anda mal.

Imp. de M. Sintes Roger. — Mahón